

## El boom

*Bernardo Araujo*

*¿Dónde está mi generación?*

*¿En la sangre?*

José Cruz Camargo, vocalista de Real de catorce

Tres hombres de mediana edad y dos niños de algunos ocho años esperaban su turno para subir al viejo sillón de la peluquería El Sinaloense: una barbería rústica que un par de meses antes había llamado mi atención, por la enorme semejanza que tenía con el sitio a donde mamá, muchos años atrás, solía llevarme a que «me hicieran el cabello». A decir del barbero, tendría que esperar alrededor de una hora para recibir un corte. No hay problema, me dije, y con toda calma salí de aquel salón oloroso a talco y colonia para caballero. Al momento, me vi perdiendo el tiempo por las calles aledañas; para entonces, estaba harto de acudir con improvisadas estilistas, producto de las becas mensuales de autoempleo. No desperdiciaría por nada el ansiado momento de tener un buen corte para caballero. «Lo espero en una hora»; asentí a la confirmación del barbero.

Caminé en busca de un café mínimamente aceptable y, luego de descartar al menos tres posibles y gastados lugares comunes: Sanborns, Starbucks, Italian Coffee, decidí adentrarme en los pasillos de un viejo edificio, otrora librería central de la ciudad. Lucía desolador y sombrío en grado deprimente, muy propio de un domingo provinciano. Sin embargo, el aroma que llegaba en oleadas cada vez más intensas lo resolvió todo. Accedí. En el umbral de la puerta destacaba una leyenda impresa en letras color verde limón: «Espacio 100% libre de humo de tabaco». No me desanimó. No del todo. De cualquier forma, no llevaba cigarrillos y aunque la ocasión lo ameritaba, no tuve ganas de tabaco. Este mundo de individuos sanos y esterilizados a ultranza nos volverá autómatas, androides purificados de toda sensación placentera. Acabará con el incurable vicio, cada vez más insólito, de vivir en serio, intensamente.

«¡Dispara! Lo tienes encañonado ¡Dispara!», gritó con rabia la voz de un tipo muy joven, al parecer. Avancé hasta introducirme por completo en aquel sitio. «Estúpido, ¿por qué no lo mataste? Eres pendejo, pendejo», continuaba. Miré de frente hacia un estante que exhibía, a la entrada, una larga serie de prototipos extraños. A saber: delgados, medianos y gruesos tubos de cristal cubiertos de fundas de plástico y manijas de metales cromados. Se trataba de cigarrillos electrónicos, según me indicaba aquel joven, que hacía por presumir una escasa barba evidentemente forzada a crecer con tratamientos cosméticos. Este acababa de cerrar, decepcionado y enfurecido, una sesión de videojuegos en línea.

«Funcionan con vapores de sabor, no tóxicos, a los que se agrega una dosis de nicotina que hay que ir disminuyendo gradualmente hasta eliminar la adicción. El precio depende del diseño que elija y de la constancia de uso que prefiera», prosiguió el chico con presteza, envuelto en un vaho de amabilidad, más falso que el humo de sus cigarrillos. «¡Vaya al fondo!», indicó cuando advirtió cuál era mi único deseo aquel medio día y el desdén hacia los productos que me promocionaba se hizo más notorio. Se montó los auriculares de diadema con micrófono, tomó el control inalámbrico de la Xbox y retomó sus labores frente a la pantalla.

Detrás de una minúscula barra, típica de cualquier lonchería de mediano pelo, una mujer de algunos sesenta años me ofreció la carta con el menú. No había mucha variedad, pero eso poco sonaba apetitoso esa mañana. Pedí café capuchino y un cuernito de jamón con queso —así decía el menú—. La orden tardó en llegar. Al parecer era el primer cliente del día. Presto a la espera, me ubiqué en una mesa cercana a la cocineta y retomé la lectura de una novela —en versión digital— que recientemente había adquirido. La historia sucedía en Francia, en antiguas calles parisinas (algunas todavía afectadas por la postguerra), cafeterías y bares estudiantiles de esta ciudad a mediados del siglo XX; en general, escenarios ya prácticamente inexistentes. De momento, reafirmé la aventurada tesis de que todas las historias de este autor suceden en ambientes parisinos durante la postguerra. Me atraían sus ficciones porque conservaban un dejo de nostalgia por tiempos que yo no había vivido, y sucedían en lugares que tampoco conocía, pero en los que me hubiera encantado estar durante esos tiempos, influenciado quizá por los comentarios grandilocuentes de ciertos profesores y amigos mayores, acerca del influjo de Europa en el arte y en el pensamiento de los países latinos durante la mitad del siglo XX.

Habían pasado casi treinta minutos cuando llegó mi orden a la mesa. El café superó por mucho mis expectativas, tenía un tostado justo, de sabor concentrado y ligeramente ácido, su textura espumosa me atrapó. La espera había valido por mucho la pena. Los vegetales añadidos al *croissant* estaban

frescos y las proteínas, bien conservadas, presentaban una calidad más que aceptable. Entre lectura y desayuno tardé en percatarme de la presencia de un hombre mayor que, a mis espaldas, revisaba los diarios. Al parecer era un cliente distinguido de aquel lugar, y se mostraba hastiado ante el estruendo de los altavoces de la pantalla plana, propiciados por el muchacho de los cigarrillos electrónicos que, sumergido en el ciberespacio, había encontrado un compañero de batallas electrónicas.

«*Ready? Don't worry. We must make the boom. Ok?*» alcancé a escuchar en los auriculares del chico de la barba escasa, absorto frente a la pantalla. «*Yes, the boom is the most important*», respondería afianzado a los controles de la consola, y con los ojos desorbitados disparaba sin tregua granadas, rayos láser y bombas a los enemigos en el escenario del juego, donde una mezcla ardiente de alienígenas y zombis caían uno tras otro y explotaban, para luego desvanecerse entre las llamas. Al fondo de la pantalla un enorme troll verdeazulado se cubría con una armadura de metal líquido al recibir los impactos lanzados por los jugadores. Se enfurecía estrepitosamente y hacía aparecer nuevos enemigos en el campo de batalla. Entre tanto, la señora del café permanecía inmersa en su tejido de agujas.

Abandoné aquel sitio antes de que las explosiones de la guerra digital nos alcanzaran y la señora del café, inmóvil, terminara calcinada junto a su tejido. Tardé cinco minutos en regresar a la peluquería El Sinaloense. «Justo en tiempo», pronunció a mi llegada el barbero, e inició sus labores sobre mi cabellera. No puedo describirlo bien, pero diré que me sentía feliz, o algo cercano a eso. La incisiva navaja y la máquina precisa, la brocha suave y tibia, las tijeras puntuales y el talco perfumado. Todo con la parsimonia de un cirujano de la vieja escuela. «Servido, amigo», pronunció el peluquero luego de esparcir alcohol desnaturalizado sobre mi cuello recién afeitado. Sacudió la manta y me despidió de mano.

Lo más importante es «hacer el boom». De camino a casa recordé el diálogo de los *gamers* en aquella cafetería, a la que no volví, pese a la buena sazón de la mujer que tejía mientras terminé el desayuno; quizá por temor a no encontrarla.